

La Luz Verde

SEMANARIO INDEPENDIENTE

SE PUBLIGA LOS SÁBADOS

Precios por trimestres

SUSCRIPCIÓN

En Plasencia.....	1,50 ptas.
Fuera de id.....	2,00 »
Número suelto.....	0,10 »
Id. atrasado.....	0,25 »

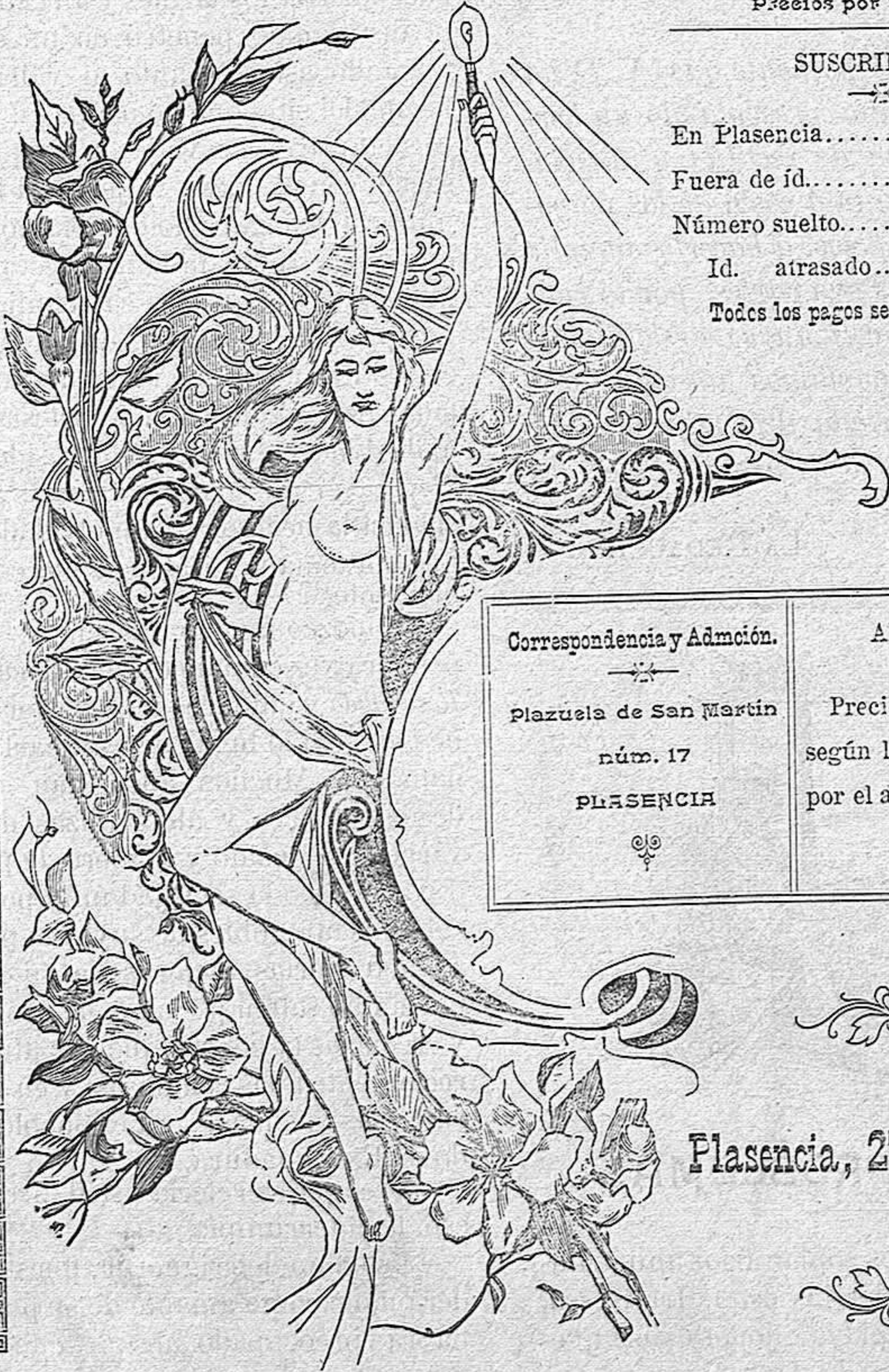
Todos los pagos serán adelantados



Núm. 2

Año I

1906



Correspondencia y Admción.

Plazuela de San Martín
núm. 17
PLASENCIA

ANUNCIOS

Precios económicos y
según la plana elegida
por el anunciante.

Plasencia, 27 de Octubre

Al celoso y recto Alcalde de esta localidad D. Agustín de la Calle

B. L. M.

y rogamos eficazmente á V. S. se digne estreñar aún la activa vigilancia que por orden suya se ejerce, hasta lograr ver la completa extirpación de los juegos prohibidos, sin distinción al juna de sitios, ya que desgraciadamente, tantos hay todavía en esta Ciudad donde á diario es burlada la ley con tan in-moral vicio.

Nos consta fidedignamente que V. S. ha entrado en la Alcaldía presentando un hermosísimo programa de rectitud y justicia, estando dispuesto, aun á costa de los mayores desvelos y sacrificios, á hacerlo cumplir por todos y en todas sus partes: por lo cual nosotros, desde las columnas de este humilde semanario, le enviamos un entusiasta aplauso por tan acertada determinacion que ha de redundar en beneficio de todos los Placentinos.

LA REDACCIÓN.

XX



GRAVES PROBLEMAS

Los vientos otoñales soplan fríos anunciando la proximidad del invierno. La fresca, amena y concurrida playa gijonesa vase quedando sin los que desde las tierras que calcina el abrasador sol de estío, acuden á ese delicioso rincón de Asturias, en busca de aire saturado de oxígeno para los abrasados pulmones.

Yo también me decidí á buscar, como la emigradora codorniz, mi cuartel de invierno y abandonando la poética casita cuyos muros besan blandamente las olas del mar, me apresuré á instalarme en un coche de segunda, á esa hora en que el pálido sol de la tarde doraba las cimas de las montañas, las crestas de las olas y las cúpulas de los múltiples campanarios de la ciudad.

Sonó el penetrante silbido de la locomotora y el tren se puso en marcha; poco tiempo después la indecisa claridad del crepúsculo robaba á la vista los hermosos panoramas de la campiña asturiana tan pródiga en bellezas. En la primera estación donde paró el tren encendieron los faroles y un caballero de porte distinguido penetró en mi departamento tomando asiento junto al vidrio frente por frente del sitio que yo ocupaba. Como acontece siempre en los viajes, trabé pronto conversación con el nuevo viajero y á favor del comunicativo cigarrillo entablamos un diálogo, que voy á transmitir á mis lectores con toda la fidelidad de que sea capaz mi imaginación. Las primeras palabras que suelen cruzarse en todo viaje corto ó largo después de las dictadas por la educación y cortesía, son el punto de donde se viene, el de residencia, etc.

Al saber mi interlocutor que yo había nacido en la hermosa cuan olvidada Plasencia y que allí tenía la residencia me contestó amablemente:

—Conozco mucho Plasencia; la visité por primera vez cuando el célebre caso del *Muerto Resucitado* y entonces y en posteriores ocasiones, he tenido lugar de estudiarla concienzudamente. Muchos años han transcurrido desde entonces y algo, quizás mucho habrá variado en ornato y manera de pensar; pero ó yo conozco la sociedad muy poco ó los placentinos tan nobles de suyo, no podrán llevar á cabo ciertas mejoras en su socialización interin no salten por cima de consideraciones y creencias (y conste que no aludo ni indirectamente á las religiosas) y en tanto no ejecute esas medidas, será el pueblo más atrasado de Extremadura.

—Creí que se refería usted precisamente á eso, le enterrumpí.

—Usted no debe ignorar, puesto que considerándole como amante de su pueblo, creo se habrá preocupado algún tanto de estudiar sus males y remedios para combatirlos, que Plasencia vive en pleno siglo XX en la más deplorable de las ignorancias; la clase trabajadora que en todas partes se preocupa por sí misma de su suerte, creando círculos

de instrucción, escuelas de industria, artes y oficios y demás centros de cultura donde se instruyen, donde se educa su inteligencia y su corazón, donde aprende á ser hombre en una palabra; pero en Plasencia donde el elemento productor está dependiendo de unas cuantas familias poderosas, que por conveniencia propia cortan cualquier loable iniciativa que pudiera conducir al obrero hacia ese bienestar intelectual de que gozan los de otras regiones de España, no hay nada de eso. Su atmósfera social es completamente autocrática, por eso ve usted que en la ciudad del vencedor de las Navas, no se cuenta ni un círculo educativo de obreros, ni ninguna de esas instituciones que tienen por norma elevar la cultura de España, al nivel de las demás naciones de Europa. Dese usted una vuelta no por ninguna población, aunque sea de escasa importancia, de la industriosa y progresiva Cataluña, sino de cualquier otro punto fuera de Extremadura, y verá al obrero en las horas dedicadas al ocio, cultivando su inteligencia con empeño; búsquele usted en cambio en Plasencia y le encontrará en la taberna embruteándose cada vez más con el alcohol, ignorante del fin para que ha sido creado y porque Dios le ha concedido el supremo don de la inteligencia; más, no es solo suya la culpa, sino de aquellos que están obligados por haber recibido esmerada educación, y que no les marcan el sendero por donde deben dirigir sus pasos, porque ¡claro es! no les tiene cuenta que el obrero conozca su deber y lo que á sí mismo se debe y que le demandan su patria y su conciencia para poderle tener siempre uncido al ominoso yugo de la servidumbre para que mañana cuando llegue una elección poderle decir, Fulano, preciso tu voto, si me lo niegas, no volveré á darte trabajo y el pan de tus hijos desaparecerá al retirarte mi protección como desaparece la nubecilla que empuja el vendabal.

Esto ocurre en Plasencia, en lo que respecta á la parte político social. En cuanto á la administrativa, va V. á oír mi imparcial opinión.

Aquí llegábamos en nuestro interesante diálogo, cuando el tren entraba en las agujas de la estación de León, punto donde tenía que hacer alto mi acompañante, y antes de despedirnos cordialmente como dos buenos amigos, prometió escribirme dándome su parecer en el asunto que íbamos á tratar, cuando la llegada á la capital de León, puso fin á nuestra sabrosa é interesantísima plática.

Ya daré cuenta á mis lectores en el próximo número de la carta de mi ilustrado compañero de viaje.

MUCIO SCÉVOLA.

GALLOS y ALBÜRES

Adios D. Ceferino, ¿quiere usted que juguemos unas manitas al monte?

—Hombre, no, tengo mucho que hacer y además como no se puede. .

—No lo crea usted, D. Ceferino. Veo que vive usted muy atrasado de noticias; aquí se puede todo, todo pasa; créame usted, bien á las claras se juega lo mismo en Círculos lujosos y Cafés elegantes que en los miserables zaquizamies, y de tal modo se hace, que no hay responsabilidad de ningún género.

—Pues mire usted, en mi pueblo ocurre lo contrario; bien que allí no hay Cafés ni Círculos donde poder, *verlas venir*, como vulgarmente se dice, y además, porque si alguna vez llega á haber, aunque no sean mas que conatos de tirar de la oreja al *pobre Jorge*, enseguida aparecen los tricornos por todos los sitios, y al que se descuida, le largan algún que otro porrazo, todo esto con mucha suavidad, por supuesto que al agraciado no vuelve á quedarle ganas de ser en su vida juguetón.

—No, pues lo que es aquí, no es así, y sino atienda usted; antes de ayer iba yo por una de las calles mas céntricas de la población y al llegar á una tienda de comestibles, me pareció que decían de la casa de enfrente, *entrés y pinta*; no entendí bien en un principio, pues creí oír *entre y eche una pinta*; redoblo la atención por si descubría al generoso mortal que tan voluntariamente me convidaba y del mismo sitio, la misma voz gradándola un poco, vuelve á decir, *saltó y vino el siete*; acto continuo se percibió el provocativo sonar que producía el choque de unos columnarios con otros, mientras que á la sazón pasaba tranquilamente por la misma calle un *personaje de visera* y que oyó esta frase lo mismo que yo, pero demostró con su conducta indiferente que le importaba un bledo se jugara ó no. En vista de esta actitud, decidí hacer una visita á *Jorge* y probar fortuna dando una *pelota* á tres golpecitos. por si acaso botaba: ahora dígame usted francamente, ¿qué le parece á usted de esta frescura?

Nada, hombre, nada; que por lo visto son ustedes muy frescos.

—Bueno, pues no es esto solo, D. Ceferino.

—¿Pero todavía mayor descaro? ¡Hombre, eso ya es mucho!

—Pues mire usted, todavía hay más; volvía yo de cenar, y como estaba algo fatigado por el excesivo trabajo que había tenido durante el día, me detuve un ratito en la Plaza á fumar un cigarrillo mal oliente, de los que continuamente nos larga esa endiablada Tabacalera, que Dios confunda, y de pronto, siento unos golpecitos en la espalda, vuelvo la cabeza y veo que es mi amigo Torcuato que me dice, ¡hombre, parece que estás bobo! no ves allí (y me indicaba un piso principal) aquellos dos individuos, que la han emprendido á puñetazos y que en este momento el dueño del establecimiento pugna por echarlos á la calle?

—Sí; le contesté, ¿y por qué será?

—Pues bien sencillo; yo hacía con ellos la partida en el salón pero, tomé las de villadiego, por no encontrarme en el monumental escándalo que han formado, porque uno de ellos dice, que el otro le lleva levantados *tres muertos*.

Ahora amigo D. Ceferino, si no quiere usted que demos una *pelotita* á medias, voy á convencer á mi suegra para que juegue con migo, porque á pesar de su edad la gusta... vaya si la gusta..., aunque la pobre no vé lo que hace.

Adios, D. Ceferino.

—Hasta el domingo, y procure no se le olvide el asunto que le tengo encargado.

CANDILEJA.



Mi sueño y mi ilusión

Quando en el mundo cruel
De los dolores me pierdo,
Y lloro y deliro en él
Viene á consolarme fiel
De una ilusión el recuerdo.

Porque esa dulce *ilusión*,
Porque ese *sueño* encantado,
Es una bella ficción
Que creó mi corazón,
Y á quien adora extasiado.

Y en aquel mágico altar
De prismáticos colores
Quisiera siempre *soñar*,
Porque siento al despertar
Que me punzan mil dolores.

Y es que después del letargo,
Tras el sopor delicioso,
Vuelve mi pesar amargo:
Y el tiempo siempre ¡ay! es largo
Para aquel que no es dichoso.

Mas si con esta *ilusión*,
Que alaga á mi corazón,
Me es tan hermoso el vivir,
Ten, pues, de mí compasión...
¡Déjame siempre dormir!

Porque el intentar robarme
A esa *ilusión* tan querida,
Y á la realidad tornarme,
Es, sábelo, si, quedarme,
Aunque *viviendo*, sin *vida*.

Porque mi *vida* es mi *sueño*
Y mi *sueño*, es mi *ilusión*;
Durmiendo todo alagüeño
Lo mira, todo risueño
Mi entusiasta corazón.

Pero cuando abro los ojos
Y veo la realidad,
Doquier pesares y enojos
Miro, y punzantes abrojos,
Y detesto la verdad.

Porque la verdad en mí
Es una *vida* sin *vida*;
Pero el dormir no es así,
Pues sueño y te veo á tí...
¡A tí! mi *ilusión* querida.

¿Para qué, pues, deshacer
Este *encanto*, que me *encanta*?
¡No me robes el placer!
Pues verdad y padecer
¡ay! lo confieso, me espanta.

Déjame con mi *ilusión*,
Con esa grata ficción
Para mi alma tan bella,
Déjame el faro, la estrella
Que alumbra mi corazón.

Quiero en mi *encanto* gozar,
Y sin salir de mi *encanto*,
¿Para que he de analizar
Si otra dicha puedo hallar?
¡Disfruto en mi *ilusión* tanto!...

Con este divino *ensueño*
Soy dichoso, soy feliz;
¿Pará qué pues ese empeño
De sacarme de mi *sueño*?
¿Quieres hacerme infeliz?

¿No ves que en tanto es soñada
Es la *ventura*, *ventura*?
¿Se despierta? ya no hay nada,
Y torna el alma angustiada
A su pesar y tristura.

Déjate de dichas reales,
La dicha es una *ilusión*;
¿Hay goces? son ideales;
Pues se rompe el corazón
Al hacerlos materiales.

Todo es ficción en la vida;
Ilusión es el amor;
 Y la *ventura* querida
 ¡Ay es ventura mentida...
 Solo es verdad el *dolor*.

—
 ¡*Ilusión*, *sueño* dorado,
 Recuerdo de mi placer!
 No dejes nunca mi lado,
 Pues tiembla el pecho angustiado
 De tornar al padecer.

—
 Si mi *sueño* es mi vivir,
 Si mi *ilusión* es mi *ensueño*,
 Si así es bello mi existir...
 Déjame siempre *dormir*...
 ¡Es tan hermoso mi *sueño*!

V. G. M.

DIFÍCIL PROBLEMA

Siempre la humanidad lleva impreso en sí misma el carácter propio de la época en la cual desliza su existencia, pudiendo decirse, que es el distintivo, bajo el cual camina la sociedad y que toma su nombre del siglo en que vive; por esta razón unos han recibido el nombre, de siglo del adelanto; otros, del progreso; otros, de las luces, etc.. etc.

Ahora bien, pensando yo en el corto elapso de tiempo transcurrido del presente y deseoso de conocer su peculiar carácter, divago inutilmente de un lado á otro, ansiando encontrar un nombre adecuado al siglo xx.

Cansado de andar buscando, sin hallar lo que me he propuesto, y viendo que un éxito infructuoso corona todos mis trabajos, apelo al recurso de visitar uno de esos puntos donde se reúne al parecer en amigable consorcio, una abigarrada multitud de personas distintas en pensamientos y condiciones.

Al efecto, penetro en un espacioso y elegante local, y allí, con suma delicia saboreando la espumosa cerveza que un *estirado camarero* me sirve, me fijo detenidamente en las fisonomías de los concurrentes, pretendiendo adivinar el interior de los mismos, por sus expresivos gestos y ademanes.

En un grupo, se habla apasionadamente de toros y toreros, haciendo de estos últimos, *dioses* ante los cuales respetuosamente se inclinan; en otro se ponderan las hercúleas fuerzas del *hombre de hierro*, quien, no ha muchos días, se exhibió en nuestro circo taurino; quien, *mata el tiempo* jugando una partida al dominó; quien, dedica sus ocios al *honroso tute*...

Nada de particular interés ofrecen para mi objeto, ni las conversaciones de los unos, ni los juegos de los otros.

Ya me disponía á pagar mi cerveza y marcharme cuando veo á un hombre con apariencias de capitalista pero con modales de tendero ambulante que gesticula horriblemente. Habla enfáticamente de la religión, de la patria y de la libertad... aderezando continuamente tan insulsa cuanto necia perorata con briosos puñetazos sobre el marmol de la mesa.

—¿Entiendes lo que quiere decir ese hombre? preguntó á mi lado un jovencillo, á otro que estaba á su derecha...

Ni él mismo se entiende, porque es el *estúpido* más grande que vive en la tierra, contestó el interrogado: á mi me pareció con este dato ir descubriendo algo de lo que ansiaba; le dejé por lo tanto con su estúpido discurso y subí al principal.

El silencio más completo reinaba en aquel salón, cual si todos los allí presentes fueran mudos de nacimiento...

Se jugaba á la ruleta...

La bola rodaba por la ranura de la circunferencia, en la cual encaja el platillo que contiene en sí la celdilla de cada número, produciendo un suave ruido.

Un hombre de mediana estatura y de aspecto repulsivo, cuya frente se halla surcada por atrevidas arrugas, las cuales marcan claramente su desmedida intemperancia, al par que el vicio ha encanecido prematuramente sus cabellos, paralizando por completo todas sus energías vitales, reparte con mano temblorosa sobre los números marcados en el paño de la mesa, unos cuantos duros que delante de sí tiene.

El *no va más* del banquero se oyó: sale un número y el ruletero atrae hacia sí con la raqueta todas aquellas monedas.

¿Quién es ese? pregunté á otro que como yo presenciaba indiferente aquel triste y vergonzoso espectáculo.

Ese, me contestó es el señor P... que está ahora jugando los residuos de una fabulosa fortuna que ha derrochado en pocos años y con la cual hubieran podido mantenerse decentemente varias familias; el juego le ha vuelto tan *estúpido* que ya ni tiene cariño á nada ni á nadie.

Sin querer oír más lindezas, salíme de aquella mansión del vicio, sucursal del crimen y volví á la calle; en el mismo instante me llaman por mi nombre y al volver la cara me encuentro con una persona muy conocida mia.

—¿Quiere V. hacerme un favor?

—V. dirá, contesté.

—Desearía publicar unos versos. ¿Querría V. llevarlos á las columnas del hermoso y artístico semanario LA LUZ VERDE?

Acto seguido me entregó un pliego bajo un sobre cerrado.

Lo intentaré, le dije.

Tomé el papel y fui á mi casa, allí le abrí y mis ojos tropezaron con unos versos titulados *El Siglo Estúpido*. En aquel instante me convencí de que aun sin querer, había resuelto el problema cuya solución en tantos sitios y con tanto afán había yo buscado.

SERTORIO.



CUENTO

LA VÍCTIMA

Son las nueve de una noche de invierno, en la que el sutil aguaviento nos hace buscar refugio en el confortante brasero de algún café económico, donde por módico precio se resguarda el cuerpo del frío.

Entremos en un aposento de pobre aspecto; una de esas bohardillas miserables que la desgracia cobija con sus alas desoladoras. Cuatro sillas desvencijadas y una mugrienta camilla, con varias estampas de chillones colores mal colocadas en la pared, componen todo el decorado del mísero aposento.

Una mujer de edad avanzada envuelta en sórdido ropaje, con la cara demacrada por el sufrimiento y las privaciones, está acurrucada en uno de los ángulos de la habitación. De vez en cuando, escucha y dirige impacientes miradas á la puerta como esperando de un momento á otro algo que no llega jamás.

El tiempo transcurre, la impaciencia crece y obligada por la imperiosa necesidad que la demanda su desfallecido estómago, sale á la calle en busca de algún alma generosa que la proporcione, por medio de la limosna, recursos con qué reparar sus exhaustas fuerzas.

Después de recorrer algunas calles implorando sin producto alguno, aterida por el frío y negándose sus débiles piernas á sostenerla, se refugia en una portada y extiende la mano en actitud suplicante.

Dejémosla esperando las dádivas de la caridad, y vamos en busca de su hijo, el único amparo que tiene en el mundo, y que es á quien aguardaba cuando la hemos visto en su bohardilla.

En una de esas guaridas donde la lascivia impera, y donde descocadas meretrices ponen

bajo precio á sus gastadas caricias; en uno de esos garitos que solo sirven para pervertir la juventud, allí pues, se encuentra rodeado de cínicas Mesalinas que aprovechándose de su alcohólico estado, miserablemente le esplotan sustrayéndole el dinero que tanto sudor le ha costado adquirir, mientras su madre casi exánime implora la caridad pública.

Cansado sin duda de estar allí y con el poco dinero que le queda, sale á la calle dirigiéndose á una casa de juego de donde baja al poco rato después de haber perdido hasta el último céntimo. Entonces algo más despejada su cabeza del alcohol, se acuerda de su madre. En un momento se le presenta á su calenturienta imaginación la escuálida figura de la que le dió el ser, pidiéndole cuenta del dinero que ha empleado en fomentar el vicio, teniendo como tiene el sagrado deber de mirar por ella. Y loco, fuera sí, abandonado á sus enormes remordimientos, piensa únicamente en el modo de adquirir lo perdido.

Empieza á vagar por las calles, hasta que á la luz de un farol vé junto á una puerta una mujer con la mano estendida, en la que brilla una moneda de plata. Entonces cual felino que aguarda la presa, se desliza arrimado á la pared hasta llegar junto á ella: (no, le grita la conciencia: ¡Que vas á robar á tu misma madre!) y arrimándose más, observa que la dueña de la moneda está dormida; entonces se la arrebató y huye de aquel lugar apretando con mano convulsa el dinero robado, entablándose una fuerte lucha dentro de sí.

Pero al fin pudiendo más el vicio que ningún otro sentimiento, se decide con aquella escasa cantidad, (hija del latrocinio) á probar fortuna otra vez en el juego, y en su busca se dirige con la esperanza de resarcir sus anteriores pérdidas

Al día siguiente se leían en los diarios estas dos noticias.

Muerta de frío

Esta mañana fué hallado el cadáver de una pobre anciana, en el quicio de una puerta de la calle C. Se supone que esta infeliz haya muerto de hambre y frío. El cadáver fué conducido al Depósito del Hospital.

Crimen por el juego

Anoche un individuo, en la casa de juego X., al volver por segunda vez, entabló una cuestión con el banquero que fué agriándose por momentos. Al tratar otro de los jugadores de apaciguar la contienda, el primero de que hablamos, sacó un revolver con el que hizo un disparo al banquero produciéndole la muerte; el agresor fué detenido y ha ingresado en la cárcel.

WIFREDO.



Hemos recibido la visita de algunos cortadores, para que en su nombre digamos al concejal á quien *El Dardo* aludé en la noticia publicada en su número del 18 del corriente y en la que dicho concejal se lamenta de que se expendan al público con suma facilidad las carnes de reses enfermas ó viejas y en malas condiciones, que si el edil y *El Dardo* han descubierto las malas condiciones en que esas carnes se expendan y el matadero clandestino donde se sacrifican en perjuicio del vecindario y del Municipio, menos trabajo les hubiera costado averiguar los sitios donde se vende y castigar á los defraudadores dando su nombre al público. Si esto no se hace, que los abastecedores son los primeros que lo desean, la tan alarmante noticia no puede tener otro propósito que zaherir á ocho ó diez industriales que estiman tanto su crédito como el edil y *El Dardo* el suyo.

El pasado miércoles 24, se celebró el enlace de la bella y distinguida señorita María de los Dolores Sánchez-Ocaña Acedo-Rico, con su primo hermano el joven Conde de la Cañada.

La ceremonia se celebró en la casa de los padres de la novia, á las cinco de la tarde, asistiendo lo más selecto de nuestra sociedad, y la velación se celebró el día 25 por la mañana en la Párroquia de Santa María.

Reciba el ilustre prócer D. Juan Sánchez Ocaña la sincera felicitación que desde estas columnas le enviamos, y la joven y elegante pareja nuestro deseo de que pasen una eterna luna de miel.

El día 15 del corriente sin previo permiso del Alcalde se puso á la venta pública en la calle de Alejandro Matias, carne fresca de cer

do; reconocida por el Inspector de plaza y no encontrándola en higiénicas condiciones, dió cuenta al señor Alcalde el que en el acto dispuso que toda fuera quemada.

También se arrojaron al río en pequeños pedazos por estar en mal estado diez y nueve libras de jamón añejo y varias piezas de caza. El dueño del jamón está procesado. Con esta formalidad en los artículos de consumo y con que don Agustín nos dé pronto agua buena y abundante, habrá hecho en poco tiempo más bien á la población que otros Alcaldes que hemos padecido no hicieron en muchos años.

A las cinco de la mañana del jueves falleció en esta ciudad el conocido Abogado D. José María Gallego.

Su muerte ha sido sentidísima por las grandes prendas que adornaban al Sr. Gallego que ha sido un modelo de ciudadanos.

El sepelio se verificó por la tarde asistiendo numeroso público que testimoniaba el aprecio en que se le tenía.

Reciba su afligida familia la expresión de nuestro sentido pésame.

PASATIEMPOS

Dos amigos en una Exposición de Pinturas.

—Voy á saludar á aquellas señoras y ense-
guida vuelvo.

—¿Donde quieres que te espere?

—Donde mejor te parezca.

—Bien; te espero en la Exposición de ani-
males.

Charada

A *prima* y *cuarta* escopeta
los hombres suelen llevar;
prima y *tercera* es faena
que en el campo la verás;
segunda y *tercia* es materia
que arroja cualquier volcán;
y si en plural está el *todo*,
los hombres las llevarán.

Soluciones al número anterior.

A la *charada*.— RO-SA-RIO

A la *fuga de vocales*

Soy LA LUZ VERDE, lector
que te saluda cortés;
si consigo distraerte,
premio á mi labor veré.

HOJA ANUNCIADORA

Capital social efectivo

PESETAS: 10.000.000

Seguros sobre la vida

Pólizas muy liberales

tarifas muy económicas



Valores depositados en garantía

PESETAS: 12.000.000

Seguros contra incendios

Pago inmediato caso de siniestro

primas muy reducidas

LA ESTRELLA

SOCIEDAD ANÓNIMA DE SEGUROS.—MADRID

ADMINISTRADORES, DEPOSITARIOS Y BANQUEROS:

Banco Hispano Americano, Banco de Gijón, Banco de Cartagena, Banco Asturiano de Industria y Comercio.

SUBDIRECTOR DE EXTREMADURA

para las provincias de Cáceres y Badajoz

DON FRANCISCO BERNALDO DE QUIRÓS

Barrionuevo, 31.—CÁCERES

INSPECTOR GENERAL DE EXTREMADURA

para las provincias de Cáceres y Badajoz

DON JUAN GOMEZ GALLEGO

Alfonso VIII, 3.—PLASENCIA